

contrario con el velo del matrimonio, que puesto que su mucha edad no lo permitía, todavía podía disimularlo, porque en cualquier tiempo es mejor casarse que abrasearse; acuciaba y solicitaba sus pensamientos con los que solicitaban y aquejaban á la embaidora Cenotia, con la cual se concertó que ántes de dar otra audiencia á Periandro, se pusiese en efecto su disinio, que fué que de allí á dos noches tocasen una arma fingida en la ciudad, y se pegase fuego al palacio por tres ó cuatro partes, de modo que obligase á los que en él asistian á ponerse en cobro, donde era forzoso que interviniese la confusion y el alboroto, en medio del cual previno gente que robasen al bárbaro mozo Antonio y á la hermosa Auristela; y asimismo ordenó á Policarpa su hija, que conmovida de lástima cristiana avisase á Arnaldo y á Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrirles el robo, pero mostrándoles el modo de salvarse, que era que acudiesen á la marina, donde en el puerto hallarian una saetia que los acogiese. Llegóse la noche, y á las tres horas della comenzó el arma, que puso en confusion y alborotó á toda la gente de la ciudad: comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpa en su pecho tenia: acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los disinios de su traidor y enamorado padre, que se extendian á quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo cual Arnaldo y Periandro llamaron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre y hijo, á Ricla, á Constanza y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpa su aviso, se hicieron todos un monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembarazado hasta el puerto, y segura embarcacion en la saetia, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpa, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huída se embarcase, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Inglaterra, ó hasta otra parte mas léjos de aquella isla. Entre la confusa griteria y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrase, hacia el mayor estrago, andaba encubierto Policarpa, mirando si salia cierto el robo de Auristela, y asimismo solicitaba el de Antonio la hechicera Cenotia; pero viendo que se habian embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia, y el alma se lo pronosticaba, acudió á mandar que todos los baluartes y todos los navios que estaban en el puerto disparasen la artillería contra el navio de los que en él huían, con lo cual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los ánimos de todos los moradores de la ciudad, que no sabian qué enemigos los asaltaban, ó qué intempestivos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus piés y su esperanza en su inocencia, y con pasos desconcertados y temerosos se subió á una alta torre de palacio, á su parecer parte segura del fuego, que lo demas del palacio iba consumiendo: acertó á encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huída de sus huéspedes, cuyas nuevas quitaron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecía en esto el alba risueña para todos los que con

ella esperaban descubrir la causa ó causas de la presente calamidad; y en el pecho de Policarpa anochece la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse: mordíase las manos Cenotia, y maldecia su engañadora ciencia y las promesas de sus malditos maestros; sola Sinforosa se estaba aun en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podía, para hacerla volver en su acuerdo; volvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetia donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte della, y como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Enéas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas á la tierra y voces al aire, dijo estas ó otras semejantes razones: ¡Oh hermoso huésped, venido por mi mal á estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa, que me dijese palabras amorosas para engañarme! amaina esas velas, ó témpalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navio, cuya vista, solo por que vas en él, me consuela: mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca, y das muestras de que aborreces á quien te adora: hija soy de un rey, y me contento con ser esclava tuya; y si no tengo hermosura que pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene: no repares en que se abraza toda esta ciudad, que si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu vuelta: riquezas tengo, acelerado fugitivo mio, y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para tí solo. A esta sazón volvió á hablar con su hermana, y le dijo: ¿No te parece, hermana mia, que ha amainado algun tanto las velas? No te parece que no camina tanto? ¡Ay Dios, si se habrá arrepentido! Ay Dios, si la rémora de mi voluntad le detiene el navio! Ay hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos; el navio vuela, sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre, tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria: los hombres que tomaron á su cargo encender el fuego de palacio, le tuvieron tambien de apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su rey Policarpa, y los embustes y consejos de la hechicera Cenotia; y aquel mismo día le depusieron del reino, y colgaron á Cenotia de una entena. Sinforosa y Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuvieron fué tal, que correspondió á sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcanzase el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas: los del navio, viéndose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso: dellos supieron otra vez los traidores disinios de Policarpa; pero no les parecieron tan traidores, que no hallase en ellos disculpa el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que cuando ocupa á un alma la pasion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni razon que no atropelle.

Haciales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo: llevaban la mira de su viaje

puesta en Inglaterra, adonde pensaban tomar el disinio que mas les conviniese, y con tanto sosiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo, ni miedo de ningun suceso adverso: tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias sopló próspero el viento, hasta que al cuarto, al poner del sol, se comenzó á turbar el viento y á desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó á turbar á los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que cuando les apretaba este temor descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fué conocida, y dijeron que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se alegraron; porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navios: tales en fin, que pudieran servir de abrigados puertos; dijeron tambien, que en una de las ermitas servía de ermitaño un caballero principal, francés, llamado Renato; y en la otra ermita servía de ermitaño una señora francesa, llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se hubiese visto. El deseo de saberla y el de repararse de la tormenta, si viniese, hizo á todos que encaminasen allá la proa: lízose así con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo, sin que nadie se lo impidiese: y estando informado Arnaldo de que en la isla no habia otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento á Auristela y á Transila, que fatigadas del mar venían, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandó echar el esquite al agua, y que saliesen todos á tierra á pasar la noche en sosiego, libres de los vaivenes del mar; y aunque se hizo así, fué parecer del bárbaro Antonio, que él y su hijo, y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navio guardándole, pues la fe de sus marineros, poco experimentada, no les debia asegurar de modo que se fiasen dellos; y en efecto, los que se quedaron en el navio fueron los dos Antonios, padre y hijo, con todos los marineros; que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves; mejor les huele la pez, la brea y la resina de sus navios, que á la demas gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se repararon del viento, y á la claridad de mucha lumbre, que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frio; y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, pasaron la desta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causó con volver por ruego de Transila á proseguir su historia, que puesto que él lo rehusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándoles Auristela, la ocasion y el tiempo, la hubo de proseguir en esta forma.

CAPITULO XIX.

Del buen acogimiento que hallaron en la isla de las Ermitas.

Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mí agora contar mis trabajos en este sosiego: que puesto que no puedo decir que estoy libre dellos todavía, segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser

condicion de la humana suerte, que cuando los bienes comienzan á crecer, parece que unos se van llamando á otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen: que cuando en el extremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal á mal, sino de mal á bien, y de bien á mas bien, y este en que estoy teniendo á mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte á desearme; y así con este dichoso pensamiento digo, que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que habian hecho de mi hermana y de las dos recién desposadas pescadoras, y de Cloelia, al príncipe Arnaldo, que aquí está presente.

En tanto que los míos andaban escudriñando y tanteando los bastimentos que habia en el empedrado navio, á deshora y de improviso de la parte de tierra descubrimos que sobre los hielos caminaba un escuadron de armada gente, de mas de cuatro mil personas formado: dejónos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas, mas por muestra de ser hombres, que con pensamientos de defenderse: caminaban sobre solo un pié, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelian y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resbalar otra gran pieza de camino, y desta suerte en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes; y uno dellos, que como despues supe, era el capitán de todos, llegándose cerca de nuestro navio, á trecho que pudo ser oido, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba sobre el brazo, en lengua polaca, con voz clara dijo: Cratilo, rey de Lituania y señor destos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar dellos los navios que del hielo están detenidos, á lo ménos la gente y la mercancía que tuvieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya: si vosotros gustáredes de aceptar este partido sin defenderos, gozaréis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no, aparejáos á defenderos de nuestras armas de continuo vencedoras. Contentóme la brevedad y la resolución del que nos hablaba. Respondíle que me dejase tomar parecer con nosotros mismos, y fué el que mis pescadores me dieron, decir que el fin de todos los males, y el mayor dellos era el acabar la vida, la cual se habia de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia; y que pues en los partidos que nos ofrecian no intervenia ninguna, y del perder la vida estábamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, sería bien rendirnos, y dar lugar á la mala fortuna que entónces nos perseguia, pues podría ser que nos guardase para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta di al capitán del escuadron, y al punto, mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetieron al navio, y en un instante le desbalijaron todo, y trasladaron cuanto en él habia, hasta la misma artillería y jarcias, á unos cueros de bueyes que sobre el hielo tendieron, y liándolos por encima, aseguraron poderlos llevar, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna: ro-

baron ansimismo lo que hallaron en el otro nuestro navío, y poniéndonos á nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre vocería, nos tiraron y nos llevaron á tierra, que debía de estar desde el lugar del navío como veinte millas: paréceme á mí que debía de ser cosa de ver, caminar tanta gente por cima de las aguas á pié enjuto, sin usar allí el cielo algunos de sus milagros; en fin, aquella noche llegamos á la ribera, de la cual no salimos hasta otro día por la mañana, que la vimos coronada de infinito número de gente, que á ver la presa de los helados y yertos habían venido.

Venia entre ellos sobre un hermoso caballo el rey Cratilo, que por las insinias reales con que se adornaba conocimos ser quien era: venía á su lado asimismo á caballo una hermosísima mujer, armada de unas armas blancas, á quien no podían acabar de encubrir un velo negro con que venían cubiertas; llevóme tras sí la vista, tanto su buen parecer como la gallardía del rey Cratilo, y mirándola con atención conocí ser la hermosa Sulpicia, á quien la cortesía de mis compañeros pocos días há habia dado la libertad que entónces gozaba. Acudió el Rey á ver los rendidos, y llevándome el capitán asido de la mano, le dijo: En este solo mancebo, ó valeroso rey Cratilo, me parece que te presento la mas rica presa que en razon de persona humana hasta agora humanos ojos han visto. ¡ Santos cielos! dijo á esta sazón la hermosa Sulpicia arrojándose del caballo al suelo, ó yo no tengo vista en los ojos, ó es este mi libertador Periandro; y el decir esto y añadirme el cuello con sus brazos fué todo uno, cuyas extrañas y amorosas muestras obligaron también á Cratilo á que del caballo se arrojase, y con las mismas señales de alegría me recibiese: entónces la desmayada esperanza de algun buen suceso estaba lejos de los pechos de mis pescadores, pero cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recibirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que dieron á Dios del no esperado beneficio, que ya le contaban, no por beneficio, sino por singular y conocida merced. Sulpicia dijo á Cratilo: Este mancebo es un sugeto donde tiene su asiento la suma cortesía, y su albergue la misma liberalidad; y aunque yo tengo hecha ésta experiencia, quiero que tu discrecion la acredite sacando por su gallarda presencia (y en esto bien se ve que hablaba como agradecida y aun como engañada) en limpio esta verdad que te digo. Este fué el que me dió libertad despues de la muerte de mi marido; este el que no despreció mis tesoros, sino el que no los quiso; este fué el que despues de recibidas mis dádivas me las volvió mejoradas, con el deseo de dárme las mayores si pudiera; este fué en fin el que acomodándose, ó por mejor decir, haciendo acomodar á su gusto el de sus soldados, dándome doce que me acompañasen me tiene ahora en tu presencia. Yo entónces á lo que creo, rojo el rostro con las alabanzas, ó ya aduladoras ó demasiadas, que de mí oía, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo pidiéndole las manos, que no me las dió para besárselas, sino para levantarme del suelo. En este entretanto los doce pescadores que habían venido en guarda de Sulpicia andaban entre la demas gente buscando á sus compañeros, abrazándose unos á otros, y llenos de contento y regocijo se contaban sus buenas y malas suertes; los del mar exageraban su hielo, y los de la tierra sus riquezas: A mí, decia el uno, me ha dado Sulpicia esta

cadena de oro: A mí, decia otro, esta joya que vale por dos desas cadenas: A mí, replicaba este, me dió tanto dinero; y aquel repetia: Mas me ha dado á mí en este solo anillo de diamantes, que á todos vosotros juntos.

A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacia un poderosísimo caballo bárbaro, á quien dos valientes lacayos traian del freno sin poderse averiguar con él: era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobremanera le hacian hermoso: venia en pelo, porque no consentia ensillarse sino del mismo Rey; pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes á detenerle mil montes de embarazos que ante él se pusieran, de lo que el Rey estaba tan pesados, que diera una ciudad á quien sus malos siniestros le quitara. Todo esto me contó el Reguar breve y sucintamente, y yo me resolví con mayor brevedad á hacer lo que agora os diré. Aquí llegaba Periandro con su plática, cuando á un lado de la peña donde estaban recogidos los del navío, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de personas que hácia ellos se encaminaban: levantóse en pié, puso mano á su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el suceso. Calló asimismo Periandro, y las mujeres con miedo, y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendian lo que sería. Y á la escasa luz de la luna que cubierta de nubes no dejaba verse, vieron que hácia ellos venian dos bultos que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno dellos con voz clara no dijera: No os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos á servir: esta estancia que teneis, desierta y sola, la podeis mejorar, si quisieredes en la nuestra, que en la cima desta montaña está puesta; luz y lumbre hallaréis en ella, y manjares, que si no delicados y costosos, son por lo ménos necesarios y de gusto. Yo le respondí: ¿ Sois por ventura Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dijérades los desdichados, respondió el bulto, acertáredes en ello; pero en fin, nosotros somos los que decis y los que os ofrecemos con voluntad sincera el acogimiento que puede daros nues tra estrechez. Arnaldo fué de parecer que se tomase el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaba les obligaba á ello.

Levantáronse todos y siguiendo á Renato y á Eusebia, que les sirvieron de guías, llegaron á la cumbre de una montañuela, donde vieron dos ermitas, mas cómodas para pasar la vida en su pobreza, que para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la que parecia algo mayor, hallaron luces que de dos lámparas procedian, con que podían distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas imágenes, la una del Autor de la vida, ya muerto y crucificado, la otra de la Reina de los cielos y de la señora de la alegría, triste y puesta al pié del que tiene los piés sobre todo el mundo, y la otra del amado discípulo que vió mas estando durmiendo que vieron cuantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincáronse de rodillas, y hecha la debida oración con devoto respeto, les llevó Renato á una estancia que estaba junto á la ermita, á quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacia: finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas, se dejarán de contar las que allí pasaron, así de la pobre ce-

na, como del estrecho regalo que solo se alargaba en la bondad de los ermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los márgenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavía resplandecian las muestras de haber sido rara en todo extremo. Auristela, Transila y Constanza se quedaron en aquella estancia, á quien sirvieron de camas secas espadañas con otras yerbas, más para dar gusto al olfato que á otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la ermita en diferentes puestos, tan frios como duros, y tan duros como frios: corrió el tiempo como suele, voló la noche, y amaneció el día claro y sereno; descubrióse la mar tan cortés y bien criada, que parecia que estaba convidando á que la gozasen, volviéndose á embarcar, y sin duda alguna se hiciera así, si el piloto de la nave no subiera á decir, que no se fiasen de las muestras del tiempo, que puesto que prometian serenidad tranquila, los efectos habían de ser mas contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron á él; que en el arte de la marinería mas sabe el mas simple marinero que el mayor letrado del mundo: dejaron sus herbosos lechos las damas y los varones sus duras piedras, y salieron á ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que solo podia bojar hasta doce millas, pero tan llena de árboles frutíferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes y tan olorosa por las flores, que en un igual grado y á un mismo tiempo podia satisfacer á todos cinco sentidos.

Pocas horas se habia entrado por el día, cuando los dos venerables ermitaños llamaron á sus huéspedes, y tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá mas vistosa que las que suelen adornar los palacios de los reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, así verdes como secas, y pan no tan reciente que no semejase bizcocho; coronando la mesa asimismo de vasos de corcho con maestría labrados, de frios y líquidos cristales llenos: el adorno, las frutas, las puras y limpias aguas, que á pesar de la parda color de los corchos mostraban su claridad, y la necesidad juntamente, obligó á todos y aun les forzó, por mejor decir, á que al rededor de la mesa se sentasen: hicieronlo así, y despues de la tan breve como sabrosa comida, Arnaldo suplicó á Renato que les contase su historia, y la causa que á la estrechez de tan pobre vida le habia conducido; el cual como era caballero, á quien es aneja siempre la cortesía, sin que segunda vez se lo pidiesen, desta manera comenzó el cuento de su verdadera historia.

CAPITULO XX.

Conta Renato la ocasion que tuvo para irse á la isla de las Ermitas.

Quando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fué el pesar que se recibió en sufrirlos; esto no podré decir de los míos, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia, engendraronme padres nobles, ricos y bien intencionados, criéme en los ejercicios de caballero, medí mis pensamientos con mi estado; pero con todo eso me atreví á ponerlos en la señora Eusebia, dama de la reina de Francia, á quien solo con los ojos la di á entender que la adoraba, y ella, ó ya descuidada, ó no advertida, ni

con sus ojos ni con su lengua me dió á entender que me entendia; y aunque el disfavor y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltándole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mí fué al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza, con que subir hasta el cielo de merecerla: pero la invidia, ó la demasiada curiosidad de Libsomi, caballero asimismo frances, no ménos rico que noble, alcanzó á saber mis pensamientos, y sin ponerlos en el punto que debía, me tuvo mas invidia que lástima, habiendo de ser al contrario, porque hay dos males en el amor que llegan á todo extremo: el uno es querer y no ser querido, el otro querer, y ser aborrecido y á este mal no se iguala el de la ausencia, ni el de los celos. En resolución, sin haber yo ofendido á Libsomi, un día se fué al Rey y le dijo como yo tenia trato ilícito con Eusebia, en ofensa de la majestad real, y contra la ley que debía guardar como caballero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que la mostrase la pluma ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, á quien una y mil veces acusaba de impúdica y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey, me mandó llamar, y me contó lo que Libsomi de mí le habia contado: disculpé mi inocencia, volví por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio que pude desmentí á mi enemigo; remitióse la prueba á las armas; no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su reino, por no ir contra la ley católica que lo prohíbe; diónosle una de las ciudades libres de Alemania; llegóse el día de la batalla, pareció en el puesto con las armas que se habían señalado, que eran espada y rodela, sin otro artificio alguno; hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbra: partiéronnos el sol, y dejáronnos.

Entré yo confiado y animoso, por saber indubitablemente que llevaba la razon conmigo, y la verdad de mi parte: de mi contrario bien sé yo que entró animoso, y mas soberbio y arrogante, que seguro de su conciencia. ¡ Oh soberanos cielos! Oh juicios de Dios inexcrutables! yo hice lo que pude, yo puse mis esperanzas en Dios, y en la limpieza de mis no ejecutados deseos; sobre mí no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos, y con todo eso, y no saber decir el cómo, me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazándome de presta inevitable muerte: Aprieta, dije yo entónces, ó mas venturoso que valiente vencedor mio, esa punta desa espada, y sácame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo; no esperes á que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo: pecados sí tengo yo, que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles este de levantarme testimonio á mí mismo: y así, mas quiero morir con honra, que vivir deshonorado. Si no te rindes, Renato, respondió mi contrario, esta punta llegará hasta el cerebro, y hará que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado: llegaron en esto los jueces, y tomáronme por muerto, y dieron á mi enemigo lauro de la vitoria: sacáronle del campo en hombros de sus amigos, y á mí me dejaron sólo en poder del quebranto y la confusion, con mas tristeza que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaba; pues no fué bastante á quitarme la vida, ya que no me la quitó la espada de mi enemigo: recogieronme mis

criados, volvíme á la patria; ni en el camino ni en ella tenia atrevimiento para alzar los ojos al cielo, que me parecia que sobre sus párpados cargaba el peso de la deshonra y la pesadumbre de la infamia: de los amigos que me hablaban pensaba que me ofendian: el claro cielo para mí estaba cubierto de oscuras tinieblas: ni un corrillo acaso se hacia en las calles de los vecinos del pueblo, de quien no pensase que sus pláticas no naciesen de mi deshonra: finalmente, yo me hallé tan apretado de mis melancolías, pensamientos y confusas imaginaciones, que por salir dellas, ó á lo ménos aliviarlas, ó acabar con la vida, determiné salir de mi patria; y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo, en un navio con algunos de mis criados quise desterrarme, y venir á estas septentrionales partes, á buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultase mi nombre; hallé esta isla acaso, contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados levanté esta ermita, y encerréme en ella; despedílos, díles orden que cada un año viniesen á verme para que enterrasen mis huesos: el amor que me tenían, las promesas que les hice y los dones que les dí, les obligaron á cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos: fuéronse y dejéronme entregado á mi soledad, donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima á mí mismo de no haber sido vencido en muchos tiempos ántes, pues con aquel trabajo hubiera venido ántes al descanso de gozillos. ¡Oh soledad alegre, compañía de los tristes! Oh silencio, voz agradable á los oídos donde llegas, sin que la adulacion ni la lisonja te acompañen! Oh qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio! pero estórbame el decirlo primero como dentro de un año volvieron mis criados, y trajeron consigo á mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente, á quien mis criados dijeron en el término que yo quedaba, y ella agradecida á mis deseos y condolidada de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena, y embarcándose con ellos, dejó su patria y padres, sus regalos y sus riquezas, y lo mas que dejó fué la honra, pues la dejó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huida confirmaba su yerro y el mio; recibía como ella esperaba que yo la recibiese, y la soledad y la hermosura, que habian de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efecto contrario, merced al cielo y á la honestidad suya: dímonos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas movibles, há que vivimos en este lugar casi diez años, en los cuales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan á verme, proveyéndome de algunas cosas que en esta soledad es forzoso que me falten: traen alguna vez consigo algun religioso que nos confiese; tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos oficios; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna.

Con esto dió fin á su plática Renato, y con esto dió ocasion á que todos los circunstantes se admirasen de su suceso, no porque les pareciese nuevo dar castigos el cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues

se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males á las gentes: á los malos por castigo, y á los buenos por mejora, y en el número de los buenos pusieron á Renato, con el cual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas ni ménos con Eusebia, que se mostró prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. ¡Oh vida solitaria! dijo á esta sazón Rutilio, que sepultado en silencio habia estado escuchando la historia de Renato. ¡Oh vida solitaria, dijo, santa, libre y segura, que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones, quién te amara, quién te abrazara, quién te escogiera, y quién finalmente te gozara! ¡Ah! dices bien, dijo Mauricio, amigo Rutilio: pero esas consideraciones han de caer sobre grandes sugetos; porque no nos ha de causar maravilla que un rústico pastor se retire á la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre, que en la ciudad muere de hambre, se recoja á la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y la pereza, y no es pequeña pereza dejar yo el remedio de mis trabajos en las ajenas, aunque misericordiosas manos. Si yo viera á un Anibal cartagines, encerrado en una ermita, como ví á un Carlos V encerrado en un monasterio, suspendírame y admirárame; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende: fuera va deste cuento Renato, que le trajeron á estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso: aquí tiene en la carestía abundancia, y en la soledad compañía, y el no tener mas que perder le hace vivir mas seguro; á lo que añadió Periandro: Si como tengo pocos tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad que la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre; pero no me dejan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo, en quien quedé de mi historia: todos se alegraron oyendo esto, por ver que queria Periandro volver á su tantas veces comenzado y no acabado cuento, que fué así.

CAPITULO XXI.

Cuenta lo que le sucedió con el caballo, tan estimado de Cratilo, como famoso.

La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito tenían tan enamorado á Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como á mí de mostrar que deseaba servirle, pareciéndome que el cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable á los ojos de quien por señor tenia, y á poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al Rey habia dicho; y así no tan maduro como presuroso, fui donde estaba el caballo y subí en él sin poner el pié en el estribo, pues no le tenia, y arremeté con él, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué á la punta de una peña, que sobre al mar pendia, y apretándole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo, como gusto mio, le hice volar por el aire, y dar con entrambos en la profundidad del mar, y en la mitad del vuelo me acordé, que pues el mar estaba helado, me habia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte y la suya por cierta; pero no fué así, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe me debe de tener guardado, hizo que las piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño que

haberme sacudido de sí el caballo, y echado á rodar, resbalando por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese que yo quedaba muerto; pero cuando me vieron levantar en pié, aunque tuvieron el suceso á milagro, juzgaron á locura mi atrevimiento. Duro se le hizo á Mauricio el terrible salto del caballo tan sin lision; que quisiera él, por lo ménos, que se hubiera quebrado tres ó cuatro piernas, porque no dejara Periandro tan á la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desafortado salto; pero el crédito que todos tenían de Periandro les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle, que así como es pena del mentiroso, que cuando diga verdad no se le crea, así es gloria del bien acreditado el ser creído cuando diga mentira; y como no pudieron estorbar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la suya diciendo: Volví á la ribera con el caballo, volví asimismo á subir en él, y por los mismos pasos que primero, le incité á saltar segunda vez; pero no fué posible, porque puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojarle, que puso las ancas en el suelo, y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra: cubrióse luego de un sudor de piés á cabeza tan lleno de miedo, que le volvió de leon en cordero, y de animal indomable en generoso caballo; de manera, que los muchachos se atrevieron á manosearle, y los caballeros del Rey, enjaezándole, subieron en él, y le corrieron á mas seguridad, y él mostró su lijereza y su bondad, hasta entónces jamas vista, de lo que el Rey quedó contentísimo y Sulpicia alegre, por ver que mis obras habian respondido á sus palabras.

Tres meses estuvo en su rigor el hielo, y estos se tardaron en acabar un navio que el Rey tenia comenzado para correr en conveniente tiempo aquellos mares, limpiándolos de cosarios, enriqueciéndose con sus robos. En este entre tanto le hice algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz y experimentado y gran sufridor de trabajos; porque ningun ejercicio corresponde así al de la guerra como el de la caza, á quien es anejo al cansancio, la sed y la hambre, y aun á veces la muerte: la liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los míos extremada; y la cortesía de Cratilo le corrió parejas: los doce pescadores que trajo consigo Sulpicia estaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron estaban ganados: acabóse el navio, mandó el Rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente, y luego me hizo capitán dél á toda mi voluntad, sin obligarme á que hiciese cosa mas de aquella que fuese de mi gusto; y despues de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dije que me diese licencia de ir á buscar á mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que estaba en poder del rey de Dinamarca. Cratilo me la dió para todo aquello que quisiese hacer, diciéndome que á mas le tenia obligado mi buen término, hablando como rey, á quien es anejo tanto el hacer mercedes como la afabilidad; y si se puede decir la buena crianza, esta tuvo Sulpicia en todo extremo, acompañándola con la liberalidad, con la cual ricos y contentos yo y los míos nos embarcamos, sin que quedase ninguno. La primer derrota que tomamos fué á Dinamarca, donde creí hallar á mi hermana, y lo que hallé fueron nuevas de que de la ribera del mar á ella y á otras doncellas las habian robado cosarios: renováronse mis trabajos y comenzaron de nuevo mis lástimas, á quien acompañaron las de Ca-

rino y Solercio, los cuales creyeron que en la desgracia de mi hermana y en su prision se debia de comprender la de sus esposas. Sospecharon bien, dijo á esta sazón Arnaldo, y prosiguiendo Periandro, dijo: Barrimos todos los mares, rodeamos todas ó las mas islas destes contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome á mí, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estar encubierta por ser oscuro el lugar donde estuviese, y que la suma discrecion suya habia de ser el hilo que la sacase de cualquier laberinto: prendimos cosarios, soltamos prisioneros, restituimos haciendas á sus dueños, alzamos con las mal ganadas de otros, y con esto colmando nuestro navio de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los míos volver á sus redes y á sus casas y á los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser posible hallar á sus esposas en su tierra, ya que en las ajenas no las hallaban. Antes desto llegamos á aquella isla, que á lo que creo se llama Escinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y á todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas: no pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario; y así en traje de marineros bogadores nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho: allí gané los premios, allí fui coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomé ocasion Sinforosa de desear saber quién yo era, como se vió por las diligencias que para ello hizo.

Vuelto al navio y resueltos los míos de dejarme, los rogué que me dejasen el barco como en premio de los trabajos que con ellos habia pasado: dejéronmele, y aun me dejaron el navio, si yo le quisiera, diciéndome que si me dejaban solo no era otra la ocasion sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle como le habia mostrado la experiencia en las diligencias que habiamos hecho para conseguirle: en resolucion, con seis pescadores que quisieron seguirme llevados del premio que les dí y del que les ofrecí, abrazando á mis amigos, me embarqué y puse la proa en la isla bárbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre y la falsa profecía que los tenia engañados, la cual no os refiero porque sé que la sabeis; dí al traves en aquella isla, fui preso y llevado donde estaban los vivos enterrados, sacáronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbaratáronse los leños que servian de barcas, salí al mar ancho en un pedazo dellas con cadenas que me rodeaban el cuello, y esposas que me ataban las manos; caí en las misericordiosas del príncipe Arnaldo, que está presente, por cuya orden entré en la isla para ser espía que investigase si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela, la cual otro dia vino en traje de varon á ser sacrificada: conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo habia dicho Cloelia su ama, que la acompañaba, y el modo como allí las dos vinieron ella lo dirá cuando quisiere; lo que en la isla nos sucedió ya lo sabeis, y con esto y con lo que á mi hermana le queda por decir, quedaréis satisfechos de casi todo aquello que acertare á pedir el deseo en la certeza de nuestros sucesos.

CAPITULO XXII.

Llega Sinibaldo, hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de volver á aquel reino con Renato y Eusebia. Llevan en su navio á Arnaldo, Mauricio, Transila y Ladislao; y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Riela y Constanza; y Rutilio se queda allí por ermitaño.

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar, que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiese fin en su plática, porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entónces la historia de sus acontecimientos; que puesto que habian sido pocos desde que fué robada del poder de Arnaldo hasta que Periandro la halló en la isla bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbara una nave que vieron venir por alta mar encaminada á la isla, con todas las velas tendidas, de modo que en breve rato llegó á una de las calas de la isla, y luego fué de Renato conocida, el cual dijo: Esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces: ya en esto hecha la zaloma y arrojado el esqui al agua, se llenó de gente, que salió á la ribera, donde ya estaban para recibirle Renato y todos los que con él estaban: hasta veinte serian los desembarcados, entre los cuales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demas, el cual apenas vió á Renato, cuando con los brazos abiertos se vino á él, diciéndole: Abrázame, hermano, en albricias de que te traigo las mejores nuevas que pudieras desear; abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dijo: Ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, ó hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el siniestro estado en que me veo ninguna alegría sería bien que me alegrase, el verte pasa adelante y tiene excepcion en la comun regla de mis desgracias. Sinibaldo se volvió luego á abrazar á Eusebia, y la dijo: Dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traigo, las cuales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena: sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que habiendo estado seis dias ántes que muriese sin habla, se la dió el cielo seis horas ántes que se despidiese el alma, en el cual espacio con muestras de un grande arrepentimiento confesó la culpa en que habia caido de haberos acusado falsamente, confesó su invidia, declaró su malicia, y finalmente hizo todas las demostraciones bastantes á manifestar su pecado; puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso que quedase por instrumento público esta verdad, la cual sabida por el Rey, tambien por público instrumento os volvió vuestra honra y os declaró á tí, ó hermano, por vencedor y á Eusebia por honesta y limpia, y ordenó que fuédesed buscados, y que hallados os llevasen á su presencia para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrecheces en que os debeis de haber visto. Si estas son nuevas dignas de que os dén gusto, á vuestra buena consideracion lo dejo. Son tales, dijo entónces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni

posesion de no esperadas riquezas que las lleguen, porque la honra perdida y vuelta á cobrar con extremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale: gocéisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto y ejemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les dieron todos, y luego pasaron á preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba y en otras partes de la tierra, de quien ellos por andar en el mar tenian poca noticia. Sinibaldo respondió que de lo que mas se trataba era de la calamidad en que estaba puesto, por el rey de los danaos, Leopoldio, el rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que á Leopoldio favorecian: contó asimismo cómo se murmuraba que por la ausencia de Arnaldo, príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan á pique de perderse, del cual príncipe decian que cual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linaje, que no se sabía quién fuesen sus padres: contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del turco, enemigo comun del género humano; dió nuevas de la gloriosa muerte de Carlos V, rey de España y emperador romano, terror de los enemigos de la Iglesia y asombro de los secuaces de Mahoma: dijo asimismo otras cosas mas menudas, que unas alegraron y otras suspendieron, y las unas y las otras dieron gusto á todos, sino fué al pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la mejilla, y al cabo de un buen espacio que así estuvo, quitó los ojos de la tierra, y poniéndolos en el cielo, exclamando en voz alta, dijo: ¡Oh amor, oh honra, oh compasion paterna, y cómo me apretais el alma! perdóname, amor, que no porque me aparto te dejo: espérame, ó honra, que no porque tenga amor dejaré de seguirte: consuélate, ó padre, que ya vuelvo: esperadme, vasallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el mas bien enamorado del mundo; para la sin par Auristela quiero ir á ganar lo que es mio, y para poder merecer por ser rey lo que no merezco por ser amante; que el amante pobre, si la ventura á manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue á felice fin su deseo: rey la quiero pretender, rey la he de servir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la pudiere merecer, culpárame á mi suerte que á su conocimiento.

Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que mas lo quedó de todos fué Sinibaldo, á quien Mauricio habia dicho como aquel era el príncipe de Dinamarca, y aquella, mostrándole á Auristela, la prisionera que decian que le traia rendido; puso algo mas de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgó á discrecion la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de cuantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran. Es pues el caso que aquel mismo dia se concertó que Renato y Eusebia se volviesen á Francia, llevando en su navio á Arnaldo para dejalle en su reino, el cual quiso llevar consigo á Mauricio y á Transila su hija y á Ladislao su yerno; y que en el navio de la huida, prosiguiendo su viaje, fue-

sen á España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Riela y la hermosa Constanza: Rutilio, viendo este repartimiento, estuvo esperando á qué parte le echarian; pero ántes que le declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alhajas y le dejase en aquella isla, siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiasé á los perdidos navegantes, porque él queria acabar bien la vida, hasta entónces mala: reforzaron todos su cristiana peticion, y el buen Renato, que era tan cristiano como liberal, le concedió todo cuanto pedia, diciéndole que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dejaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana: á lo que añadió Arnaldo que él le prometia, si se viesse pacífico en su reino, de enviarle cada un año un bajel que le socorriese: á todos hizo señales de besar los piés Rutilio, y todos le abrazaron, y los mas dellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo ermitaño, que aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la ajena vida, sino

es que llega á tanto la protervidad nuestra, que querríamos ser el abismo que á otros abismos llamase. Dos dias tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada uno su viaje, y al punto de la partida hubo cortesés comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela; y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro: lloró Transila, no tuvo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao: gimió Riela, enterneciése Constanza, y su padre y su hermano tambien se mostraron tiernos; andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiéndose destos y de aquellos, mezclando sollozos y lágrimas todo á un tiempo; finalmente, convidádoles el sosegado tiempo y un viento que podia servir á diferentes viajes, se embarcaron y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones puesto en lo alto de las ermitas. Y aquí dió fin á este segundo libro el autor desta peregrina historia.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Llegan á Portugal, desembarcan en Belen: pasan por tierra á Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en traje de peregrinos.

Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que este se tome, aquel se deje, uno se prosiga y otro se olvide, y el que mas cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor cuando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la lijereza que mostró Arnaldo en dejar en un punto el deseo que tanto tiempo habia mostrado de servir á Auristela; pero no se puede decir que le dejó, sino que le entretuvo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma, el cual deseo se le declaró Arnaldo á Periandro una noche ántes de la partida, hablándole aparte en la isla de las Ermitas: allí le suplicó (que quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica) que mirase por su hermana Auristela, y que la guardase para reina de Dinamarca, y que aunque la ventura no se le mostrase á él buena en cobrar su reino, y en tan justa demanda perdiere la vida, se estimase Auristela por viuda de un príncipe, y como tal supiese escoger esposo, puesto que ya él sabia y muchas veces lo habia dicho, que por sí sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reino del mundo, que no del de Dinamarca: Periandro le respondió que le agradecia su buen deseo, y que él tendria cuidado de mirar por ella como por cosa que tanto le tocaba y que tan bien le venia.

Ninguna destas razones dijo Periandro á Auristela, porque las alabanzas que se dan á la persona amada, hallas de decir el amante como propias, y no como que se dicen de persona ajena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro: suyas han de ser las que mostraré á su dama: si no canta bien, no le traiga quien la

cante: si no es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganimedes: y finalmente, soy de parecer que las faltas que tuviere, no las enmiende con ajenas sobras. Estos consejos no se dan á Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los de la fortuna era inferior á pocos. En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que este es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegacion: iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrábase el mar colchado, porque el viento tratándole con respeto, no se atrevia á tocarle á mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dejaba resbalar por él con tanta lijereza, que apenas parecia que le tocaba: desta suerte y con la misma tranquilidad y sosiego navegou diez y siete dias sin ser necesario subir ni bajar, ni llegar á templar las velas, cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no habria gusto con que igualalle.

Al cabo destos, ó pocos mas dias, al amanecer de uno, dijo un grumete que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra: Albricias, señores, albricias pido y albricias merezco: tierra, tierra, aunque mejor diria cielo, cielo, porque sin duda estamos en el paraje de la famosa Lisboa; cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas y alegres lágrimas, especialmente de Riela, de los dos Antonios y de su hija Constanza; porque les pareció que ya habian llegado á la tierra de promision que tanto deseaban; echóle los brazos Antonio al cuello, diciéndole: Agora sabrás, bárbara mia, del modo que has de servir á Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho: agora verás los ricos templos en que es adorado, verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve, y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto; aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enferme dad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias gana